

valeroso capitán que el rey de Hungría. Le despacharon una solemnísimas embajada para suplicarle a nombre de todos que aceptase el comando general de un ejército, compuesto de casi trescientos mil combatientes.

No podía negarse **Ladislao** a una expedición que por tan santa se conformaba tanto con su religioso genio; pero se contentó el Señor con su generosa disposición, porque le retiró de este mundo para que reinase en el cielo, cuando se estaba previniendo para hacer que el mismo Señor reinase en Palestina. Murió, según **Bonfinio**, el día 30 de julio del año 1095; a los cincuenta y cuatro de su edad, y al decimoquinto de su glorioso reinado.

SAN LADISLAO

Apenas se publicó la muerte del Santo Rey, cuando se llenó de luto y de dolor todo el reino de Hungría. No hubo monarca cuya pérdida fuese más sentida, ni llo-



da con lágrimas más sinceras. Fue conducido su cuerpo a la iglesia de **Nuestra Señora de Waradin**, que había fundado; el convoy más parecía triunfo que pompa funeral.

Tardó poco **Dios** en manifestar la gloria de su fiel siervo con ilustres maravillas. Se dice que habiéndose dormido en la última mansión los que acompañaban el cuerpo más de lo que era menester, para llegar a tiempo, el carro en que iba el santo cadáver marchó por sí solo, sin caballos ni mano alguna visible que le tirase, y caminó hasta Waradin, parándose en el lugar de la sepultura antes que le pudiesen alcanzar los del acompañamiento.

Así por la santidad de su vida, como por la multitud de milagros que obró Dios, en su sepulcro, le canonizó el papa **Celestino III** el año de 1198. El Martirologio romano señala su fiesta el día 27 de junio, que verosíblemente fue aquel en que se celebró la traslación de sus reliquias.

SAN LADISLAO

(1041 — 1095)

REY DE HUNGRIA

Fiesta: el 27 de junio

SOBRINO DE UN SANTO

San Ladislao, más ilustre por sus virtudes y por sus milagros, que por sus conquistas y por su corona, fue hijo del rey **Bela**, nieto de un primo hermano de **San Esteban**, llamado Apóstol de Hungría. Nació el año de 1041 en Polonia, donde se había refugiado su padre huyendo de las violencias de **Pedro**, sucesor de **San Esteban**. Se crió juntamente con su hermano mayor **Geyza** al lado de su madre, hija del duque de Polonia, princesa virtuosa, que dedicó el más vigilante cuidado a su mejor y más cristiana educación; aunque el bello natural de **Ladislao** se anticipaba a todas las instrucciones.

Se observó desde luego en el joven príncipe una índole tan apacible, una compostura y una docilidad, que arrebatava los corazones y la admiración. Se adelantó la devoción a los años, y al uso de la razón, la prudencia y la cordura. Eran las nobles prendas de **Ladislao** el hechizo de la corte de Polonia, cuan-



do su real casa volvió a Hungría por una repentina revolución de aquel reino.

UN SANTITO EN LA CORTE

Muerto el rey **Pedro**, subió al trono **Andrés**, hermano mayor de **Bela**, y tío de **Ladislao**. Llamó a la corte a su hermano, y le dio el título de duque, y quiso que sus dos sobrinos **Geyza** y **Ladislao** se criasen en su palacio, y a vista de su persona. Dentro de poco tiempo fue **Ladislao** el embeleso de la corte de Hungría, como lo había sido de la de Polonia. Era casto, sobrio, compuesto, afable con todo el mundo, respetado por su eminente virtud, y sobre todo

Este folleto ha sido realizado por los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X

Para encontrar la capilla más cerca de su casa y hablar con un sacerdote:

<http://www.fsspx-sudamerica.org/>



llo de compasión y de caridad con los pobres; no menos enemigo de la ambición que de la avaricia.

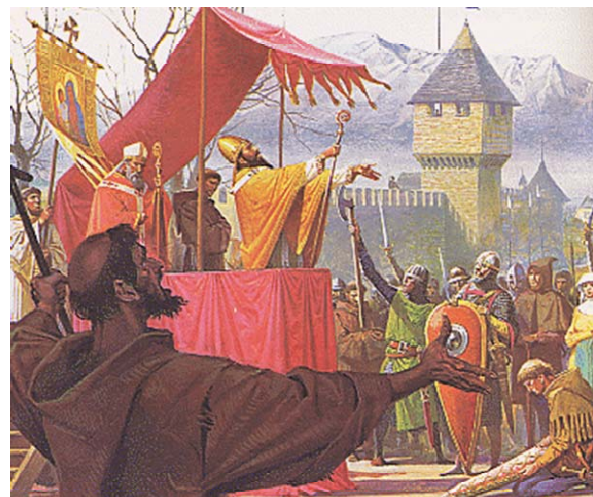
Se conoció esto cuando su padre **Bela** ascendió a la corona de Hungría, porque no pudo disimular su disgusto y su dolor, viéndole en el trono por haber quitado la vida a su propio hermano **Andrés** en un sangriento combate. Explicó públicamente su desaprobación y su justo sentimiento, mostrando después por toda su conducta que en esto sólo se gobernaba por las reglas de la equidad y por los principios de la religión; porque siendo electiva la corona, trabajó cuanto pudo, muerto ya su padre, para que recayese en las sienes de **Salomón**, hijo de **Andrés**, sin atender al interés que le resultaría en solicitarla para su hermano **Geyza**, o para su misma

persona.

REY A PESAR SUYO

Se hizo a todos odioso **Salomón** por sus crueldades y por otros muchos excesos. Se juntó **Ladislao** a **Geyza** para arrojarle del trono. Subió **Geyza** a él, y lo ocupó solo tres años. Muerto **Geyza**, los prelados, la nobleza del reino y los magistrados de las ciudades, todos de unánime consentimiento eligieron a **Ladislao** para sucederle.

Vivía todavía **Salomón** en el lugar de su destierro, y con una generosidad acaso sin ejemplo, acordándose **Ladislao** de las razones que había tenido presentes la primera vez para preferirle a su hermano, por las mismas quiso ahora preferirle a sí mismo, y pasó los más vivos oficios con las cortes del



Urbano IIº (Papa de 1088 a 1099)
llamando a la primera cruzada

que era ya como dicho común en Europa, que el rey de Hungría sólo era poderoso para fundar hospitales, para erigir iglesias, y para socorrer los necesitados.

Antes de salir a campaña disponía que su publicasen tres días de ayuno y de rogativas públicas en las iglesias; pasaba horas enteras posturado a los pies de los altares, y su devoción, cada día más fervorosa, se fomentaba con la frecuencia de los sacramentos. Siempre que comulgaba manifestaba en el semblante su viva fe y su abrasado amor a **Jesucristo** en la adorable Eucaristía.

La tierna devoción a la **Santísima Virgen** fue casi desde la cuna en

nuestro santo rey la más favorecida entre todas sus devociones; y la célebre basílica de **Nuestra Señora de Waradin**, que hizo levantar desde sus cimientos, será eterno monumento a la posteridad de su amor y de su ternura a la **Virgen Madre de Dios**.

EL PASO A LA ETERNIDAD

Había mucho tiempo que se abrasaba **Ladislao** en ardientes deseos de sacrificar su vida y derramar su sangre en

honor y amor de **Jesucristo**. Con este intento aceptó el mando general de la gran Cruzada de Occidente, que de unánime conformidad le ofrecieron todos los príncipes cruzados para librar la Tierra Santa del yugo de los sarracenos.

Se unieron para tan santa empresa gran número de príncipes cristianos a las poderosas solicitudes y fervoroso celo del papa **Urbano IIº**, después del célebre concilio de Clermont en Auvernia, que presidió el mismo pontífice. Los príncipes de España, Francia e Inglaterra que se cruzaron, hicieron justo concepto de que no era posible encontrar jefe más digno, ni mas

do no menos que a la conquista de todo el reino. Tentó el Santo Rey todos los medios de paz para reducirlos a la razón; pero experimentándolos inútiles, hizo levadas, juntó tropas, se puso al frente de ellas, y marchó intrépidamente a derrotar a sus enemigos.

Como no era menos capitán que santo, contó el número de las victorias por el número de las batallas. Obligó a los bohemios a contenerse dentro de los términos de su deber; arrojó de sus dominios a los hunos, que asolaban la Hungría, y los obligó a pedir la paz; tomó a Cracovia; domó a los polacos y a los rusos; quitó a los bárbaros la Dalmacia y la Croacia; deshizo más de una vez a los tártaros, y conquistó gran parte de la Bulgaria y de la Rusia.

UN SANTO EN EL TRONO

Pero estas acciones militares no disminuían el desvelo y aplicación que dedicaba a que reinase **Dios** en el corazón de sus vasallos, y a que floreciese la virtud en sus estados. Predicaban elocuentemente a todos su devoción, su dulzura y sus ejemplos; bastaba verle en la iglesia para inspirar fe, compostura y respeto a la religión. No se vio príncipe en el mundo que se mostrase más

tierno padre de su pueblo, más enemigo del error, ni más religioso en todo. Sus diversiones se reducían a sus ejercicios espirituales y al cumplimiento de sus reales obligaciones. Su palacio más parecía casa de religión, que corte de un gran príncipe. Raro día dejaba de asistir a los oficios divinos, y ninguno sin dar audiencia a sus vasallos. Él mismo les hacía justicia, acomodaba sus diferencias, trataba con todo el mundo, y todos le amaban como a un padre.

Su corte era magnífica, y espléndida su mesa; pero su vida era muy austera. Ayunaba rigurosamente muchos días en la semana; dormía sobre la dura tierra, y en medio de ser tan inocente su vida, maceraba su carne con rígidas penitencias, por el grande amor que profesó a la castidad toda su vida. Nunca quiso contraer matrimonio por el gran aprecio que tenía a la virginidad y por su ardiente caridad para con Nuestro Señor Jesucristo; y aunque los grandes y los pueblos le rogaron, le instaron, le importunaron sobre que se casase, para perpetuar en el trono su posteridad, no fue posible hacer blandear su constancia.

Fue verdaderamente magnífica su caridad con los pobres; tanto,

reino para que le restableciesen en el trono; pero las cortes negaron resueltamente los oídos a su repugnancia y a su modestia. Se rindió en fin a las instancias de los grandes y a los clamores del pueblo, y fue coronado con general aplauso y satisfacción el año de 1080.

Luego que **Ladislao** se vio rey de Hungría resolvió hacer reinar en sus estados a **Jesucristo**. Fueron sus primeras providencias restituir la religión a su primitivo esplendor, y establecer la paz, la buena fe, la tranquilidad y la abundancia en su pueblo.

Dentro de poco tiempo se vieron reflorar en Hungría aquella pureza de costumbres, aquella modestia en todos los estados, y aquella exacta honradez en todas edades, sexos y condiciones, que en tiempo de **San Esteban** le habían hecho el reino más feliz de toda la Cristiandad.

Las artes, el comercio, la agricultura, todo se renovó con la virtud; y en breves días se conoció lo mucho que puede para hacer dichosos a sus vasallos un rey santo, que junta, como sucede por lo común, a una sólida piedad una heroica magnanimidad, una prudencia consumada y un esforzado valor.

Sólo el antiguo rey **Salomón** no podía llevar en paciencia la general aclamación de todas las órdenes, y el universal amor que los vasallos profesaban a **Ladislao**, pareciéndole que la primera confirmaba su exclusión, y la segun-

da cerraba del todo la puerta a la esperanza de volver a ocupar el trono algún día; pensamientos que le traían muy inquieto, y se observaban en él bastantes señales de querer turbar el reino.

Le hizo entender **Ladislao** el poco apego que le merecía la coro-



San Esteban, Rey y apóstol de Hungría,
Tío de San Ladislao (969 - 1038)

na, declarándole lo dispuesto que se hallaba a renunciarla a su favor, y retirarse a su ducado para disfrutar la dulce tranquilidad de la vida particular, como él pudiese obtener el consentimiento de los húngaros; desinterés que por entonces ganó la voluntad de **Salomón**, y cediendo todos sus derechos, se contentó con una pensión que le consignó **Ladislao**, y aún en lo sucesivo se la aumentó.

Pero su inquieto natural no le permitió estar sosegado. Comenzó a mover los ánimos, y se descubrió que tramaba una conjuración contra el príncipe, por lo que **Ladislao** se vio precisado a prenderle; aunque pudiendo más su bondad que todas las consideraciones políticas, le puso luego en libertad, y aún le hizo venir a la corte, para fijar su inconstancia con nuevos favores, y vencer su mala inclinación a fuerza de beneficios.

Nada bastó para corregir aquel genio turbulento; pues insensible e ingrato a tantas piedad del rey, se retiró a los estados del reino de los hunos, a quien hizo tomar las armas contra **Ladislao**, y poniéndose él mismo a la frente de un cuerpo de bandidos, fue enteramente derrotado, viéndose obligado a salvar la vida con la fuga. Se escondió entre

la maleza de un espesísimo bosque, donde se dice le tocó **Dios** tan vivamente el corazón, infundiéndole tal espíritu de penitencia a vista de sus continuas desgracias, fruto necesario de sus desórdenes, que jamás quiso salir de aquella soledad, donde pasó el resto de su vida, llorando día y noche sus pecados, y no omitiendo medio alguno para borrarlos con los rigores de la más severa penitencia.

PROTEGIENDO LA PATRIA

Libre ya **Ladislao** de este cuidado, se dedicó enteramente a restablecer la justicia, el orden y la policía en todo su esplendor. Convocó una junta general de los prelados, de la nobleza y del estado llano. Presidió el mismo rey; y las ordenanzas que se formaron en ella, muy oportunas para conservar y para perpetuar la felicidad de un estado, se recopilaron en tres libros separados, y son reputadas por la quinta esencia de la política cristiana.

Era como preciso que tantas y tan gloriosas felicidades despertasen la envidia y los celos de los príncipes vecinos. Se halló de repente acometido de enemigos formidables, que lo consideraron mas devoto que valiente. Hicieron varias irrupciones en sus estados, aspiran-



La leyenda de San Ladislao

Pintura del año 1330, conservada en el Museo del Vaticano, representando a San Ladislao venciendo al demonio y a los enemigos de Hungría.